

PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

SALE CADA SEMANA

Número suéto 5 Cts.

DIRECCION:

A. Valenzuela

Calle Mexico 1602 — BUENOS AIRES

Desde el número 232 el periódico se venderá al precio de dos Centavos. Por Correo se pagará medio centavo más cada ejemplar.—Exterior 6 centavos el ejemplar.

Pago adelantado indispensable

El jacobinismo argentino

REFLEXIONES Y COMENTARIOS

La sección informativa del número último de *Caras y Caretas*, registra la noticia de guerra enmarcado en el P. de la Salatrégui, 600 emigrantes. He aquí tres párrafos:

«Nos encontramos frente al amarradero del «P. de Salatrégui», y en medio de más de 600 individuos que vuelven al hogar de donde surgieron, con la destilación de la realidad en esta América que soñaran asiendo de porvenir risueño y donde gastaron inútilmente sus fuerzas iniciales, el vigor de sus cuerpos, venidos sanos y robustos, y que se alejan doblegados por los sinsabores más que por los trabajos mismos.

«Esta tierra que reclama brazos para que se la cultive, para que sus industrias nacientes progresen, esta tierra, la República Argentina, es la que arroja de sus campos, de sus poblaciones rurales y de sus ciudades millares de hombres, familias enteras, que la abandonan por su parte, porque en ella la vida es un problema, porque no han encontrado aplicación ni compensación sus aptitudes.

«La gravedad del asunto nadie la desconoce, y mucho más recordando que la emigración recrudescerá en vísperas de la época de las cosechas.»

La nota gráfica palpa de verdad, de vida. Los rostros de los trabajadores que van, tienen un tinte de hastío y de indefinible tristeza. Al mirar las páginas del semanario, nuestra mente evoca esos típicos personajes de Gorki, especie de pesadillas vivientes, palpando en su terrible *Me he perdido*.

Figuras grotescas y dolientes, amontonadas sobre el muelle, formando un conjunto abigarrado y palpitante, que habla por sus mil bocas, gran monstruo multimanos, mano y triste, destinado a un exodo sin meta y a un dolor sin consuelo. He ahí la impresión primera.

Después vino la reflexión, el análisis de este hecho, inaudito en los anales de nuestra historia colonial. En efecto: jamás se ha producido un fenómeno tal en este país, salvo en aquellas épocas de anormalidad o convulsión armada, con fines políticos. La emigración era una cosa ignorada entre nosotros. Recordamos que una vez hubo una emigración alguna, pero en forma de tentativa, se contruvo en sus comienzos.

Hombres imbuidos en otras ideas, con los prejuicios y las tendencias comunes de la sociedad que hoy agoniza, pero, en el fondo, inspirados por principios que creyeron buenos, gravaron un día en la primera página de la Constitución nacional un exordio memorable en el que se ofrecía la nación, joven y rica de esperanzas, «a todos los hombres del mundo, que quisieran habitarla».

Es generoso ofrecimiento era obra del espíritu de libertad que animara al pueblo, desde los hombres de la revolución del año 10 hasta Sarmiento. Pero el jacobinismo argentino, que ya con Chile, Páez, Sarraza, Saavedra y Dean Fueros y más tarde con Rivadavia y todo su partido de orden a pesar de Moreno y los progresistas, venía preparando la tiranía brava de Rosas, que a su vez prodigó la mano tirante, pero sin límites, ya dando cima a esa obra burguesa y autoritaria, matando lentamente toda energía, centralizando el poder, teniendo y enmarcando la red espesa de las leyes, cada vez más foprosas, cada vez más odiosas.

Entre los estados de América era la República Argentina uno de los más libres, no porque sus leyes consagraran cierta libertad relativa, sino porque su pueblo fue siempre rebelde y porque amó la libertad con pasión. Pero el espíritu del jacobinismo

se encargó de amansarlo. Primero vino el fírrego de las leyes, la manía de las recomendaciones a su vez, el poder nacional, cada vez más absorbente, fue quitando a las provincias su autonomía y se tuvo, entonces, no los territorios o estados independientes del sistema federal, sino feudos que dependían de la voluntad del jefe supremo del estado, el cual era, también, —por natural consecuencia del sistema jacobino— el punto principal, el eje motor de la administración pública. El parlamento y la judicatura fueron dos ramas dependientes del poder ejecutivo. Más tarde el gobierno comunal delegó sus poderes en el ejecutivo de la nación. He ahí ya *subterfugio* el cacareado sistema republicano-federal-democrático.

Pero no pasó ahí la cosa: como no para un proyecto, si encuentro, si encuentro, si encuentro, así el sistema siguió su curso natural, y seguirá hasta el día que termine la fuerza inicial que lo impulsara. Dos o tres revoluciones más partidistas que populares no fueron bastante a detener el jacobinismo en avance. La primera, de origen económico y por lo mismo más popular, la del año 90—fue encauzada a fines bastardo. Sus directores eran más papistas que el papa, más jacobinos que los hombres del oficialismo y más catastróficos que Rosas. Los otros movimientos armados no merecieron siquiera el nombre de revoluciones, fueron nada más que morrisamientos al por mayor. Después se hizo el silencio, un largo silencio que denunciaba el coramamiento de la obra jacobina: la *dama* en principio consumada ya.

Las intervenciones armadas o hechas a las provincias que bien o mal dirimían sus contiendas internas, fueron decretadas a granel y por lo más fútil motivo. Las voces que antes resonaban en el parlamento,—la de los Oroño, los Quintana—defendiendo la autonomía perfecta de los estados federales, preparados el comunismo en las ciudades al declarar inalienable el derecho de las comunas, su independencia absoluta del poder nacional o provincial, interpretando la ley de fondo con un criterio anárquico, libre y libre, libre y libre, libre y libre de los males y los remigientos. Y en los dos últimos últimos, todo se consumó y se precipitó y se consolidó con un refinado bestialismo.

Pero si se había decretado la sumisión de las instituciones al poder central, ¿cómo iban a ser sometidos los individuos. Esto fue algo así como el complemento de la gran labor del centralismo. Y el espíritu jacobino pensó: «hay que matar las últimas chispas de rebeldía en el alma de los ciudadanos, ¿cómo hacer? Entonces se disciplinó y regimientó la nación. El pueblo fue llamado a los cuarteles en virtud de la ley de servicio obligatorio. Todos los ciudadanos eran soldados. Se tenía sobre ellos el poder de la obediencia, el poder del presidente de la república, como jefe supremo de los ejércitos de mar y tierra, según la ley, tré revesado con otro poder que agregó a los muchos que ya reune en sí.

He ahí ya regimientado el Republicano, el soldado de la patria, el soldado de los ciudadanos del país soldados de su patria que les ha quitado todos sus derechos de hombre.

La ley no se contentó, sin embargo, con los nativos, con los genuinamente criollos, con los hijos de la patria, sino que la ley, su radio de acción: los hijos de extranjeros fueron sometidos y el inmigrante, que llegara a este país con el ansia de libertad, que ambicionaba para él y sus hijos, un día de dolor de ver a sus hijos, por el uniforme de los lacayos de gobierno. Hubo queles se revelaron, se emanciparon, los galenses del Chubut y todas las familias chilenas que antes poblaban esas raras fronteras. Aquellos y estos emigraron.

Sin embargo, nada han podido como el espíritu humano. En las ciudades

argentinas empezaban a germinar ideas de redención social, de consumadas y acuradas todas las encierres en el orden político, tanto criollos como extranjeros volvían sus ojos a las doctrinas nuevas, venidas de Europa. La ciencia y el arte llegaban de allá preñados de novedades heréticas y que prometían un grande porvenir a la humanidad. Y una nueva raza de hombres libres comenzó a formarse en la joven nación. Era, es, cierto, compuesta de forasteros, hombres de otras tierras y otras comarcas, donde se decía que el sufrimiento era más acerbó y en las que la vieja experiencia de las gentes y los hombres había enseñado a vivir a las gentes y más que esto: les había enseñado a esperar.

Protagonistas, casi apóstoles de un derecho novísimo, predicaban donde quiera la buena vida, suscitando rebeliones y alvíveres en el pueblo, que cantaba su canción de esclavos al agrorrum de sus propias cadenas. Era nada menos que una revolución comenzada *ad oco*, que tenía sus prodromos en el fondo mismo de las conciencias. Y como era natural esto sobresaltó al espíritu jacobino. Había que matar todas esas incipientes. La población argentina, tenía ya su freno, su ley de servicio militar obligatorio. La extranjera, en cambio, era libre. Había, pues, que amordarla. ¿Cómo? Se hizo una nueva ley, la ley de los extranjeros. Por ella se sustruía al habitante a sus jueces naturales y se entregaba a merced de las policías irresponsables, tanto en las ciudades como en las campañas, se le exponía a todo tipo de malos tratos a los oídos de cualquier enemigo, se le despojava de todo derecho de petición y de protesta, y por último se tachaba, por nula e inímbil la obra de los constituyentes del 53.

Se creará, talvez, que antes y después de esto, no había muerte del todo en el resto del país, más que en la capital, donde se hablabamos. «Oh, sí! El espíritu del jacobinismo velaba en todas partes. En la nación argentina era representado por el gobierno constituido. Y como el criollo trabajador, fuera de su tiempo de servicio militar, podía usar violentas revoluciones, o no acatar el poder como debían, fueron creadas las leyes de conchabo o de vagancia, en beneficio del patrón o del burgués o del cacique electoral de distrito por donde los tres recitados cardenales (fase burgueses) fueron muditos con el derecho de condenar por vago a *trabajos forzados* a cualquier trabajador que no justificar en un momento dado su desocupación. Las policías rurales y urbanas tenían, por otra parte, el derecho de inmiscuirse en la vida privada de todos los habitantes de la nación, violar el derecho de permanencia y tránsito al obligar con una serie de requisitos, en hoteles y posadas, a entregar la lista de las personas llegadas a permanecer, y a la persona llegada a permanecer. El derecho de reunión fue restringido o mejor dicho suprimido por todas las policías del territorio. La paz reinó en Varsovia. Es el momento presente.

En virtud de este nuevo estado de cosas político-social y político, que rasga va el suelo incluído de leyes anarquizadas y una desorientación financiera increíble, la vida económica se torna de una estrechez supeña en el país. En campos, fabricas y talleres se ve a los obreros de hambre, no ya en sentido parafórico, sino en el sentido estricto. Y este ambiente de esclavitud y de miseria es el que propicia esas emigraciones en masa, el que transforma la nación en *señal* y en *señal* y el que precipita, para enseñanza del gobierno, el general Roca, los acontecimientos que han hundido el jacobinismo argentino para siempre.

Y todo esto, que cualquier espíritu sereno vería claro, aun bajo el punto de vista burgués, está lejos del raciocinio de los jacobinos del gobierno. En lugar de adoptar

ese sabio temperamento conciliador y esa sus carnosas similitud de los hombres que dirigen hombres, el gobierno extremo, —por medio de sus policías imbéciles— todas las medidas infames: sin buscar justificativos, ni paliar el procedimiento, con el frustido salvaje de los inquisidores de antaño, truí a los obreros en las calles, bajo el estado de sitio, y más tarde violó los domicilios de los trabajadores, amparado en la ley Cané, para saquearlos, insultarlos, deportarlos y escarnecerlos ante la munda y escandalosa opinión pública, ante el cobarde silencio de los grandes órganos de la prensa nacional, miserables empresas para explotar ideas envenenando al pueblo con sus productos, inaptos para la alimentación mental.

He ahí, pues, juzgada la obra del jacobinismo patrio. No se dirá que solo tenemos los ojos para mirar las cosas bajo un solo aspecto, y que somos anarquistas porque desconocemos las excelencias del régimen burgués y autoritario.

Hemos denominado espíritu jacobino a todo lo que ha pervenido en el transcurso de los años lo poco bueno que quedaba de un bello alborar revolucionario. Pero el no es otra cosa que el autoritarismo de la especie, antiguo como el mundo, y como si persistente. El es factor de calamidades en todas las épocas de la historia: cuando el naciente cristianismo, vendiendo a los esclavos su formidable *in hoc mundo*, es el que levanta con las cruzadas quinientos mil harapientos a las órdenes de Godofredo; es el que hace fracasar la Reforma por su intransigencia; es el que da nacimiento a la ciente crítica, vendiendo a los esclavos los dogmas y principios como artículos de comercio; es el que llevó a devastar por el fiero el fuego las civilizaciones americanas, de hombres terrible y sangrientamente bajo las patas de los conquistadores, ignorantes y brutales. Y particularmente en las naciones, es el autoritarismo, el espíritu ibérica, el que induce a la policía bonapartista a extremos tan vergonzosos como los de su constitución en tribunal inquisidor para los ciudadanos.

Podría creerse que esta última es una afirmación caprichosa o apasionada, nacida de la colera que nos despierta el nombre de esa institución perversa. Nada de esto. La policía está encargada de hacer averiguaciones como las siguientes:

«¿Qué libro ha leído...? ¿Lee V. obras de Reclus, de Renán, de Kropotkin, de Tolstói, de Zola?... ¿Quiénes son sus amigos?... ¿Qué reuniones obreras frecuenta?... ¿Qué piensa V. del estado social actual?... ¿Por qué lleva V. esa corbata roja?... (Por que la lleva V. negra?... ¿De qué vive usted...?»

¡Vergüenza! ¿Qué va de esto a una Congregación del *Indes* que tuviera un poder discrecional y positivo sobre los hombres? ¿Qué d'fendencia hay entre las policías del siglo XX y los tribunales de fealdades de la Edad Media? (Dónde están, siquiera, las ventajas del gran movimiento francés del siglo XVIII? ¿Hasta dónde se quiere llevar la reacción y la locura jacobina? Nosotros lo sabemos, pero no lo sabemos, pero no lo pondrá a estas preguntas la conciencia del siglo; responderá la sangre derramada a ríos; el lamento de las nuevas Troyas; lo dirán las lenguas de fuego del incendio y el fulgur de todas las conflagraciones sociales!)

JEAN VALLEJAN

El presente número

A causa de haber recibido una cantidad enorme de material, quedan muchas copias para el próximo. Pedimos disculpa por ello a los compañeros.

LA REDACCION

... ..

